

Dinka de Villarroel

Amanecida



HABIAN llegado por **distintos** caminos... ¿Cómo...? ¿Cuándo? Ellos mismos no se habían dado cuenta... Sin embargo, a la comida se encontraron en una de esas miradas lanzadas al infinito, que después de vagar inexpressivas fijan un punto en la distancia. Y ambos, atormentados por una derrota interna, descansaron largamente en aquel primer encuentro.

La camarera, obsequiosa y pasajera como una moneda se detuvo entre ambos, separándolos por un momento, pero volvieron a buscarse. Georgina se estremeció a su propia osadía... ¿Era posible que, con el recuerdo indeleble de la carta de Pedro, en la cual con todo desenfado le avisaba que esa noche, precisamente esa noche se casaría con la hija de un hacendado millonario, ella se alentaba iniciando al azar una nueva aventura? Sonrió con ironía y continuó comiendo, pero no pudo permanecer mucho rato con la cabeza gacha, porque perentoriamente, a cada instante, la orden ema-

nada por esos ojos oscuros le obligaba a mirarlo de nuevo. Y obedeció. Simultáneamente, su intranquilidad angustiosa comenzó a disiparse, pues, alimentada por la atención de aquel desconocido, el guiso hizosele agradable, mas a pesar de esto no pudo llegar al postre... El dolor, aquel dolor que hasta el mismo instante de sentarse a la mesa le sollamaba el pecho, volvía a aparecer torturador y activo, para demostrarle su imposibilidad de creer de nuevo... Salió al vestíbulo y al pasar frente al espejo, se pasó los dedos por las sienes; pero al hacerlo descubrió un movimiento distinto al que efectuaba durante esa semana de pesadilla sobre los vórtices de su frente, donde los tic-tacs del mundo, todos los machetes, martillos, hacían eco dentro del compás isócrono, parejo de sus pulsos, pues se esponjaba el cabello y repasaba las ojeras en un afán de borrar todo vestigio de sales acumuladas durante tantos días de lágrimas continuas.

El, detrás, la observaba maravillado. A la luz imprecisa era perfecta, completamente perfecta, como la hubiera querido para pintarla en uno de sus cuadros, con el vestido abierto y un niño apretado al pecho, simbolizando a la belleza hecha ternura. No obstante, al pensarlo sufrió un estremecimiento... ¿Acaso existía aquello?

—Hacemos la pareja perfecta—murmuró al fin sin jactancia—¿Verdad?

Ella se dió vuelta. Su sonrisa era leve, y entre sus labios, el gesto dejaba ver unos dientes esmaltados con

la mejor cal de la tierra, mientras a la frente alta seguían unos ojos oscuros, cuya mirada abrasaba en una anticipada demostración de dominio a aquella mujercita frágil, de ojos azules y menudez en súplica de amparo, de cariño.

En el parque del hotel no había nadie, pero ninguno de los dos quería estar quieto, y sin proponérselo continuaron caminando uno al lado del otro. La noche era tibia, estrellada, los caminos pálidos, y a esa hora, dormidas o pensativas las flores, debían cambiar en su aromado lenguaje sueños o palabras. Luego dejaron atrás los límites del jardín y tomaron un sendero abrupto, orillado de matorrales espesos. Los recibió el murmullo de un mar obstinado en golpearse los flancos en el acantilado, como un monje en día de suplicio.

—¿De dónde viene?—averiguó él—. No... No me diga nada—ordenó antes que ella intentara la respuesta—. Eso esta noche a ninguno de los dos nos interesa. ¿Verdad?— Y le cogió la mano.

El ademán no le molestó. Al contrario... ¿Acaso a esa misma hora Pedro, ese Pedro que creyera tan suyo no estaría haciendo lo mismo con la otra, libre del velo de la desposada? Y ella necesitaba amistad, afecto...

Así se fueron caminando juntos, despacio. La brisa trajo una emanación de effluvios del fondo de los pétalos, y al percibir los sentidos la presencia marina y vegetal, el apretón se hizo más fuerte, más intenso.

—¿Cómo te llamas?—murmuró él.



—Georgina. ¿Tú?

—Raúl.

—Raúl—repitió como una música. Y se quedó pensativa. Mas el movimiento leve de su boca al pronunciar el nombre operó un sortilegio en el ánimo de su compañero.

Laura, dominante, atrevida en su pose eterna de conquistadora, jamás le había llamado con tanta dulzura. Aspiró fuerte. En el aire flotaba un fuerte olor a algas, a yodo. No titubeó en besarla y sólo al separarse las bocas comprendieron que ya se pertenecían íntegra, completamente. Por lo tanto, el paso hizoseles difícil.

—Hemos caminado mucho, descansemos.

Ella obedeció en silencio. En verdad hallábase fatigada. Sin embargo, al tenderse a su lado, al sentir la proximidad de alguien que parecía necesitar de su compañía, como ella de la de él, violenta, inconscientemente prorrumpió en llanto. Y el contenido rencor por la traición de que fuera objeto, se precipitó imitando a una tormenta arrolladora. Pero una vez que su naturaleza recuperó el equilibrio, se posesionó de su mente un aletargamiento agradable. Era como si ese sueño, el sueño que como él la dejara, después de torturarla unas noches volvía en puntillas, con cautela, a través de la caricia delicada de aquel hombre, que después de haberle ofrecido el brazo, le repasaba la frente. Y bajaron sedas por sus párpados, sedas que caían como un telón oscuro sobre sus pupilas, hasta que

al fondo de su cerebro, al fin, la imagen delicada de un sueño comenzó a apretar aquel nudo, cuyos cabos flojos amenazábanla enloquecer... Ella no supo cuánto durmió. Horas, según el reloj del tiempo, pero era una eternidad de descanso, a su resistencia física. La despertó una caricia más atrevida. En ese instante, frente al acantilado rompía el mar sus olas henchidas de plenitud. Y todo era entrega, entrega del agua que sentía subir por los tallos vegetales y diminutos de la tierra donde reposaban... No pudo dejar de advertir.

—Estabas aquí y te buscaba en otro.

Su voz debía venir del mismo fondo de la vida, porque traía ardores de acoplamiento y dolores de parto. Se hizo pausa, una pausa larga. Terminó una época y en medio del espacio quedaron ellos... ¡Sólo ellos! Comenzó a cantar la materia suave, despacio primero; pero poco a poco fué subiendo hasta alcanzar dimensiones inconmensurables, hasta que en el medio de la Apoteosis, apareció Dios Omnipotente y Magnífico. El agua continuaba abajo golpeando las rocas relamidas por millares de pleamares; pero dentro del Concierto imperceptible para el oído humano, al Coro de la Creación se unió una voz diáfana, transparente, como una lágrima purificada. Había fructificado el abrazo en el secreto de la entraña mullida. Sin embargo, casi simultáneamente, una onda de aire más frío se introdujo por su cuerpo separándolos. Y como si un aletazo tremendo, fuerte, batiera alas sobre ellos se apartaron. Miráronse un rato... Extraños, avergon-

zados, sufrían la sensación de que un Ángel, con espada flamígera llegaba también a expulsarlos. En el terror, sus ojos se buscaban, pero no se hallaron. Habían vuelto a extraviarse esta vez en camino de dudas, de miedo...

—¿Y si me abandona como el otro?—pensó Georgina.

—¿Y si me traiciona también como mi mejor amigo?—recapacitó él.

Los dos se levantaron sobrecogidos de angustia. Estaban desmoronados de nuevo, tal como en el instante en que se encontraron, cuando, a través de la mente de ambos corría un solo deseo de evasión, de término. Entonces, interpretando un idéntico afán, tomaron el camino del acantilado. Iban ligeros, raudos, como por caminos siderales, en tanto hallaban en la brisa la expresión de libertad que les daría la Muerte por sus propios pesares.

Sólo al pisar la roca relamida y agudizada por las rectas del Tiempo, Georgina tuvo un ligero sobresalto y le cogió del brazo. Al suave contacto se dió vuelta, sorprendido; pero el recuerdo de sus lágrimas probaban su determinación confirmada en ese ademán de avance y arrepentimiento.

—No tengamos miedo. La vida no vale la pena vivirla—conformóla.

Se abrió la ola como una urna acolchada para recibir a los dos cuerpos, pero en ese instante una luz

diáfana partió el horizonte, y separado el cielo del mar se hizo un puente mercurial, infinito...

—Amanece... —murmuró ella observando a su compañero. La boca estaba limitada por dos pliegues profundos, mas en la frente alta, las ideas debían flotar como nubes sobre el Everest.

—Amanece... —repitió él. La mujer no era tan lozana ni hermosa como le pareciera la víspera. Sin embargo, a través de sus mejillas, un tinte rosa, de savia comunicante corría como dentro de una flor magnífica... —Devolvámonos.

Ella sonrió... Pasión, empuje, dominio continuaba ofreciéndole aquel hombre que encontrara en su casi hora última... ¿Pero, no era acaso la vida una sola sucesión de noches y alboradas en todas las edades, en todas las épocas? Para ellos, también empezaba una nueva amanecida, y cogidos de la mano, como dos novios que salieran a pasear de madrugada, regresaron al Hotel completamente tranquilos...